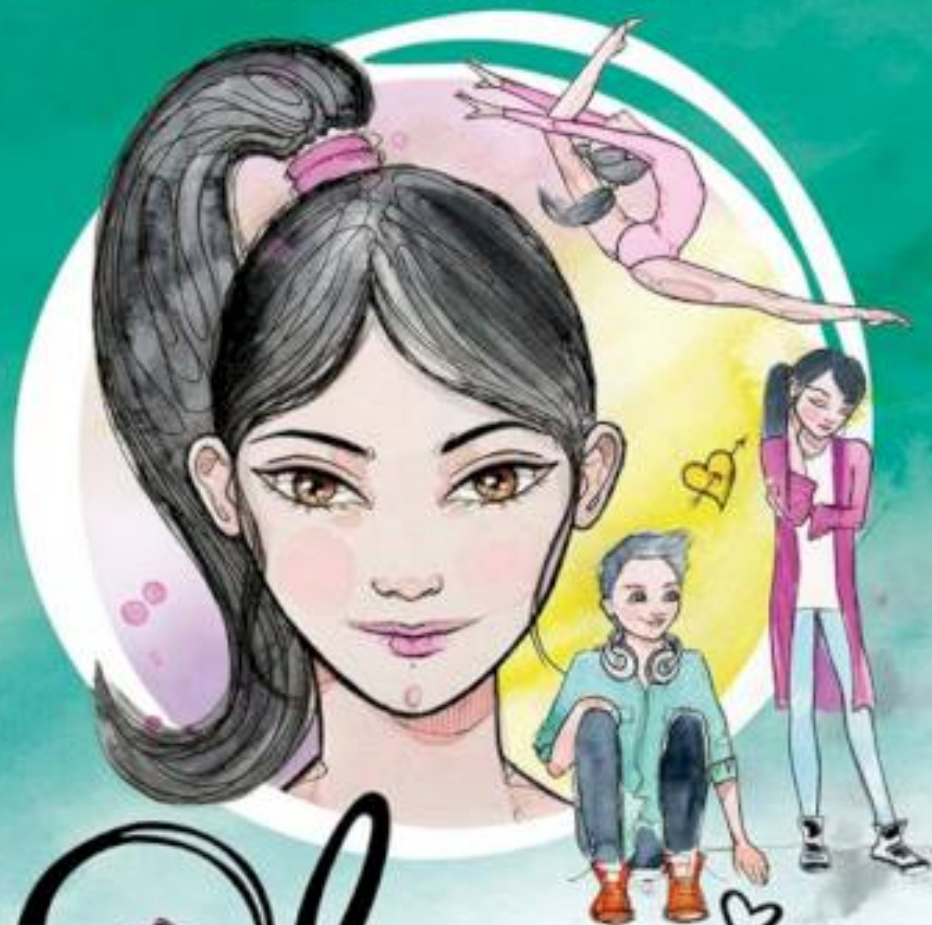


Almudena Cid

Ilustraciones de Montse Martín



 Olympia

UN PASO MÁS

La temporada individual arranca a la vuelta de la competición de conjuntos en Canarias, y Olympia tendrá que enfrentarse a nuevos retos. Para empezar, a la negativa de sus padres ante la posibilidad de que se una al equipo nacional, y el miedo a que la seleccionadora no vuelva a llamarla. También al conflicto que le supone competir contra Carmen, Irene, Isabel y Patricia: ahora, si gana, estará dejando fuera del siguiente campeonato a una amiga, y se siente fatal. ¿Y su relación con Ortzi? Un lío. Por suerte cuenta con su amigo David, que siempre está a su lado para echarle una mano, y también con su pasión por la gimnasia, que le gusta por encima de todo. Entrenamiento a entrenamiento, Oly tendrá que superar dudas, complejos y caídas, para aprender que a veces las cosas se ponen del revés, pero aun así hay que mantener el equilibrio.

Estas son mis
compañeras,
juntas formamos
un gran equipo



OLYMPIA

Es muy creativa, tan responsable y perfeccionista como cabezota y rebelde. A sus doce años es una soñadora apasionada de la gimnasia rítmica que desea por encima de todo hacer algo único, algo que nunca nadie haya hecho.



PATRICIA

La capitana del equipo júnior tiene alma de líder y sabe cómo ser una buena compañera.



IRENE

Reservada e introvertida, a Irene le cuesta llevar la iniciativa, pero es una gimnasta muy disciplinada y tremendamente observadora.



CARMEN

Con su inseparable pompón blanco en el pelo, la mejor amiga de Olympia dentro del equipo siempre está de buen humor.



ISABEL

A Isa no le gusta ser el centro de atención porque es vergonzosa y muy sensible.



**IRATXE**

Vive por y para la gimnasia. Su experiencia como gimnasta unida a sus conocimientos educativos hacen de ella la entrenadora de gimnasia rítmica perfecta.

RUFINO

Parco en palabras y gruñón, tras esa cara de pocos amigos se esconde un hombre sensible y muy trabajador.

Y ellos el impulso hacia mis sueños

DAVID

Extrovertido y seguro de sí mismo, ingenioso y un poco gamberro, David es con diferencia el mejor amigo de Olympia en el colegio. Le apasiona la música y sueña con crear sus propias mezclas: le gustaría ser un gran DJ.

ORTZI

Comprometido y responsable, su pasión es la gimnasia artística. Muy maduro para su edad, ya lleva varios campeonatos a la espalda con su entrenador búlgaro y es toda una promesa del deporte.

MARTA

Vive en el mismo edificio que Olympia y son muy buenas amigas desde niñas.

—¡Vamos, que pareces una tortuga!

Como cada mañana de año nuevo desde que Olympia tenía memoria, su padre y ella atravesaban el bosque de Armentia rumbo a la cima del Zaldiaran. Y como cada mañana de año nuevo desde que Olympia tenía memoria, ella caminaba unos pasos por delante, impaciente, deseando llegar a la meta para ver todo Álava a sus pies, mientras que Tomás se lo tomaba con calma.

El cambio de año había dejado un cielo azul y totalmente despejado. Como si se hubiese llevado parte de los nubarrones que oscurecían el ánimo de Oly casi desde su regreso del viaje al campeonato nacional de conjuntos en Canarias. De eso hacía solo una semana, pero todo había pasado muy deprisa.

Carmen y ella se habían sentado juntas en el avión que las llevaba de vuelta a casa, y habían empleado cada hora que duró el vuelo en recordar el ejercicio que les había valido su primer diploma en un campeonato nacional, e intentar adivinar de qué habrían hablado Iratxe y la seleccionadora en el vestíbulo del hotel. Para cuando el Cantábrico empezó a asomar por las ventanillas, estaban convencidas de que en un abrir y cerrar de ojos las cinco chicas del IVEF serían parte del equipo nacional.

Para colmo, en cuanto aterrizaron en el País Vasco y después de los abrazos y las felicitaciones de rigor —y después de que Mina pusiera el grito en el cielo por el corte de pelo que todas se habían hecho (hay soluciones más acertadas para salir todas iguales y con un look especial sin hacer esa locura)—, Iratxe se reunió un minuto con los pa-

dres de Olympia. No le dejaron quedarse delante, pero tenían que estar hablando de su futuro en la selección, ¿no? Estaba convencida. Aun así, en el coche camino de casa, sus padres no le dijeron nada, y a Oly le pareció que su madre estaba más seria que de costumbre. Y ahí fue donde las vacaciones de Navidad empezaron a nublarse.

A Olympia le encantaban las fiestas navideñas. Ayudar a su madre a preparar las cenas y comidas familiares; levantarse a las seis de la mañana el día de Navidad para abrir lo que había dejado el Olentzero (porque allí, en vez de Papá Noel, quien llegaba era un carbonero con un saco enorme cargado de regalos); practicar con Marta nuevos peinados y maquillajes; trabajar la flexibilidad de sus spagats, abdominales, lumbares y estiramientos...

Como era de esperar, Iratxe les había puesto a las chicas una tabla de entrenamiento navideño. Tenían por delante una semana para disfrutar con sus familiares y amigos, pero a cambio debían dedicarle una hora al día a hacer los ejercicios que les mandaba su entrenadora, para los que Oly aprovechaba el rellano de la escalera del sexto. En su salón, si abría las piernas a 180 grados, se daba con la mesa y el sofá. Estaba deseando empezar los entrenamientos en el pabellón del IVEF, el Instituto Vasco de Educación Física, pero aún faltaba para que llegase el día 2 de enero.

Justo por eso le sorprendió tanto que Iratxe se presentase en su casa la mañana del 29 de diciembre, con su chándal de terciopelo azul. Enseguida pensó que había venido para hablar de ella y del equipo nacional, aunque el primer comentario de Iratxe, mientras todos se sentaban en los sofás del salón, la había dejado hecha un lío.

—¿Tenéis el certificado? —había preguntado la entrenadora mirando a Tomás y a Mina.

—No. Ha sido imposible —había respondido la madre de Oly.

—Lástima. Nos habría ido muy bien.

—Si nos hace uno falso y le pillan, se arriesga a que lo expulsen del Colegio de Médicos.

—Bueno, no pasa nada.

Oly no había entendido una palabra pero se había mordido la lengua; no se había atrevido a preguntar por si le decían que se fuese a su cuarto. Cada vez estaba más nerviosa, más inquieta... No sabía qué ocurría, pero ella tenía que estar allí pasara lo que pasara. Le había parecido que sus padres y su entrenadora cruzaban una mirada, su madre había hecho un gesto hacia la entrenadora e Iratxe se había girado hacia ella.

—Olympia tengo algo importante que decirte —arrancó—. Las chicas y tú me visteis hablando con la seleccionadora nacional después del campeonato de España, ¿verdad?

Ella había asentido con la cabeza, sin decir ni mu. «Voy a ir con la selección, voy a ir con la selección, voy a ir con la selección...», había pensado una y otra vez.

—Maya se acercó a felicitarme por mi trabajo —siguió Iratxe—. Me dijo que le había gustado mucho el conjunto... pero que especialmente le gustaste tú. Le gustan tus condiciones, tu técnica y tu tipología, y quiere que formes parte del equipo nacional y te incorpores a la concentración permanente en Madrid como gimnasta individual.



Oly había tenido que hacer un esfuerzo enorme para no ponerse a dar saltos encima del sofá. «¡Sí, sí, sí, sí!». ¡Se iba con el equipo nacional!... Solo que, a su lado, sus padres la miraban serios, e Iratxe tampoco parecía nada contenta. ¿Qué estaba pasando? Esa mañana en el salón de su casa, Olympia no había sido capaz de entender a qué venían esas caras tan largas. Tuvo que decírselo su entrenadora.

—Tus padres y yo hemos decidido que no irás a Madrid —había sentenciado mientras Mina rodeaba con un brazo los hombros de su hija.

Los ojos de Olympia se habían llenado de lágrimas. Aquello no podía ser verdad. Solo que sí lo era.

Oly pasó el resto del día encerrada en su cuarto, a ratos enfadada con el mundo, y a ratos muy triste, incapaz de encajar la noticia. También pasó así el día siguiente y hasta la mañana del 31, pero según se acercaba la hora de la cena de Nochevieja, le iba encontrando cada vez menos sentido a seguir vagando por la casa como un alma en pena, o enfadada con sus padres. No es que fuera a olvidar lo que había pasado, pero para cuando todos se juntaron delante de

la tele para tomarse las doce uvas, Olympia volvía a tener una sonrisa en la boca.

Se habían quedado levantados hasta las tantas, hablando, riéndose y jugando a las cartas y a juegos de mesa todos juntos. Marta y sus padres se habían unido a ellos después de las campanadas, y había sido muy divertido, con Miguel e Israel, los hermanos de Olympia, haciéndole trampas a Tomás mientras los demás les seguían el juego.

Esa noche Oly había tenido una pesadilla. Soñó que hacía gimnasia en un tapiz con forma de as de picas gigante, solo que las normas de la competición habían cambiado: tenía que hacer el ejercicio tumbada sobre el suelo, en horizontal, como si las jueces estuvieran en el techo para puntuarla. No le salía nada. Cuando su padre entró en su cuarto para despertarla, se había movido tanto que la encontró enredada entre las sábanas: como cada 1 de enero, se iban de caminata al Zaldiaran.

—Una tortuga gigante —repetía ahora Oly por encima del hombro.

—Un poco de respeto a tu padre —dijo Tomás, que se acercaba a ella muy despacio—. Para ti, señor tortugo.

Habían alcanzado la cima del monte.

Se sentaron en el suelo, Tomás abrió la mochila y le pasó a Olympia una naranja. Eso también formaba parte de la tradición: sentados en lo alto del Zaldiaran, pelaban una naranja y se la comían en silencio los dos juntos gajo a gajo, mientras pedían un deseo para el año nuevo.



Oly la sujetó, pero antes de abrirla le soltó a su padre lo que llevaba preocupándola tres días.



—¿Y si el año que viene ya no me quieren, aita? —preguntó con la mirada baja—. Cuando en el equipo nacional

se enteren de que no voy porque no me dejan, no van a quererme más.

Precisamente eso es lo que Iratxe había tratado de evitar buscando un certificado médico. Querían poner como excusa una falsa lesión, algo que justificase el rechazo a incorporarse de la noche a la mañana a la disciplina del equipo nacional, pero no lo habían conseguido. Tomás rodeó con un brazo los hombros de su hija y la atrajo hacia él, igual que había hecho Mina la mañana en que Iratxe le dio la noticia.

—Eso ya lo hablamos, Olympia... No hace falta inventarse nada: eres demasiado pequeña para irte, y estás a mitad de curso. Si de verdad tienes sitio ya en el equipo nacional, esa seleccionadora sería muy poco lista si no fuese capaz de esperarte un tiempo —la consoló—. Ya oíste a tu entrenadora el otro día: dice que aprendes rápido y está segura de que pronto serás aún mejor gimnasta. Esto lo hacemos por tu bien, y no es definitivo. Pero cada cosa tiene su momento, ¿lo entiendes?

Oly asintió con la cabeza.

Iratxe le había contado su propia experiencia: a ella también la habían llamado cuando tenía más o menos la edad de Oly y sus padres llegaron incluso a acompañarla a Madrid, pero nada más llegar a la que iba a ser su residencia, se cruzaron con una chica con el pelo teñido de fucsia y mascando chicle con la boca abierta, y su padre la obligó a dar media vuelta. En ese entonces la residencia no era solo para deportistas, como ocurría ahora. De todos modos, el caso es que su entrenadora ni siquiera había tenido una explicación razonable: su padre se había limitado a decirle «yo aquí no te dejo» y se acabó. Olympia pensó que al menos a ella sí le habían dado motivos, estuviese o no de acuerdo con ellos.

—Este año tienes que seguir madurando y terminar los estudios —le repitió Tomás—. Por ahora, quédate con el in-

terés que ha mostrado la seleccionadora. Si te quieren hoy, también te querrán dentro de unos meses o unos años.

Olympia se frotó los ojos. No quería ponerse a llorar otra vez.

Giró la cabeza, le dio un beso a su padre sin decir nada, y empezó a pelar la naranja. Sabía que él tenía razón..., pero aun así le daba miedo haber dejado escapar su única oportunidad de entrar en el equipo nacional. «¿Y si no me llaman más?», se preguntó de nuevo justo antes de meterse en la boca el primer gajo y hacer una mueca: sabía un poco amargo. Luego se concentró con todas sus fuerzas en su deseo de año nuevo. Lo que quería por encima de todo era otra oportunidad, que no se olvidasen de ella, que volvieran a llamarla.



Olympia pedaleaba tan rápido como le daban las piernas. A lomos de su bicicleta nueva, atravesó la avenida y enfiló la última recta hasta el colegio: era el primer día de clase después del parón navideño y ella estaba estrenando su regalo de Reyes. ¡Y era uno que podía enseñar en clase!



Todos los años le pasaba lo mismo con el Olentzero, o los Reyes Magos, o sus cumpleaños: los regalos que le hacían siempre eran de gimnasia y solo podía usarlos en el pabellón. Un maillot nuevo, unas punteras, unas rodilleras que luego utilizaría también para proteger la espalda enganchándolas con la goma del pantalón, una cantimplora para el agua, una funda para la pelota, un mono de lana para protegerse del frío... Una vez le regalaron una cinta firmada por todas las componentes del primer conjunto español que consiguió un oro en un campeonato del mundo — Lorea Elso, Teresa Fuster, Isabel Gómez, Montse Martín, Débora Alonso y Gemma Royo, con las suplentes Marta Aberturas y Cristina Chapuli—. Había sido en Atenas en 1991: vencieron a las rusas por cinco milésimas, algo histórico, y esa cinta era toda una reliquia que su madre había conseguido gracias a la ayuda de una amiga de otra amiga.

Eran regalos geniales, pero no podía compartirlos con sus compañeras de clase y eso le hacía sentirse tan distinta... Como si no bastase con llegar cada día al colegio con la carpeta forrada con fotos de gimnastas congelados en pleno salto en movimientos imposibles, en vez de pósters de cantantes o actores, como el resto de sus compañeras.

Las únicas que de verdad podían entender cómo se sentía eran Carmen, Patricia, Isabel e Irene, porque ellas estaban en las mismas.

Dentro del equipo también habían intercambiado regalos. En los clubes por los que Olympia había pasado hasta la fecha era costumbre celebrar el amigo invisible —«Vas de mal en peor, Oly», le había dicho David al enterarse. «¿No quedamos en que yo era tu único amigo invisible?»—. Se ponía un tope de 20 euros; con ese dinero cada una tenía que comprarle un regalo a la compañera que le tocase, y hasta el día de la entrega de regalos no se sabía quién iba a hacerte a ti el tuyo.

Lo divertido es que este año metieron a Rufino en el lote, y el día de la entrega de regalos tanto él como Carmen estaban igual de despistados. El conserje del pabellón sujetaba en la mano el vale por un masaje relajante en un balneario de la ciudad, que le había regalado Irene —«Vosotros tardad menos en cambiaros por las noches y no me estresaré tanto», protestaba—. Y Carmen miraba con cara de «para qué quiero yo esto» una navaja suiza de esas con cu-chillito, sacacorchos, linterna y minitijeras, que le había regalado Rufino.

Olympia había sido la amiga invisible de Isa. De regalo le había comprado un pintalabios de color cereza y un lápiz de ojos, junto con un vale para una sesión de maquillaje de competición. Isabel siempre le decía que quería que le enseñase a pintarse la línea del ojo como lo hacía ella, así que la idea le había encantado.

A Oly el regalo se lo hizo Iratxe: le había dado una cajita envuelta en un papel muy llamativo, de colores plata, rojo y negro. Al abrirlo, vio que se trataba de un puzle pequeño, de unas veinte piezas, aunque con el ajeteo de los últimos días y preparar la vuelta a clase, aún no lo había hecho.

—¡David!

Oly encadenó la bici a la barra donde dejaban aparcadas todas a la puerta del colegio, e hizo gestos a su amigo.